

encontraron en un escondrijo y que supone haber sido guardado ahí en el momento de la catástrofe.

Los arqueólogos y numismatas, en general, no están de acuerdo en este punto. Según algunos de ellos, Mr. Schliemann sólo ha encontrado las ruinas de una ciudad muy remota, "la capital de los dardanos ó teneros." Ahora, que esta sea la Troya de Homero, la ciudad sitiada y destruida por los griegos, es lo que dudan, inclinándose á creer que sea más bien una antigua ciudad, una Troya anterior, capital talvez del mismo pueblo, en los primitivos tiempos de su existencia, pues por otra parte la leyenda troyana, según los griegos, trae el recuerdo de una Troya más antigua que la en que tuvieron lugar las encarnizadas luchas de diez años.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Mr. Schliemann ha merecido bien de la ciencia y conquistado á justo título la celebridad de su nombre.

La colección de antigüdades troyanas, la única que existe hasta el presente, y de que él es poseedor, es de una gran importancia arqueológica. Ella nos revela todo un mundo hasta el presente desconocido y ofrece á la historia documentos preciosos sobre el origen de la civilización.

MORAL.

Cien cuentos morales para los niños
POR C. SCHMID.

III.

LA MADRE PIADOSA Y SUS HIJOS.

Una señora de alta gerarquía y nacimiento, á quien sucesos desgraciados habian reducido á vivir en el destierro y la miseria, decia en un dia de gran fiesta á sus dos hijos: ¡"Cuán desgraciada soy por no poder ir al templo del Señor en este solemne dia á unir mis oraciones á las de los millares de fieles que allí se reunen para adorarle! Pero hay mucha distancia desde aquí á la población; mi edad y mis enfermedades me impiden el ir á pié, y no podemos servirmos del carruaje, pues por necesidad nos hemos visto obligados á vender los caballos."

Inmediatamente los dos hijos, cogiendo dos fuertes ramas de un árbol y atándolas al sillón de su madre, formaron una especie de sillas de manos, sobre la cual la llevaron á la Iglesia á pesar de sus suaves reconvenciones.

Todo el pueblo quedó maravillado con aquel espectáculo y conmovido hasta derramar lágrimas, y sembró de flores y hojas verdes el camino desde las puertas de la ciudad hasta la entrada del templo. Por todas partes resonaban los gritos: ¡honor, honor y gloria á la mas feliz de las madres y á los mas virtuosos de los hijos!

Ama á Dios, ama á tus padres,
Es tu deber, tierno niño,
Y corresponderás fiel
Á su paternal cariño.

De este modo, en medio de los gritos de alegría del pueblo, llegaron aquellos excelentes hijos hasta las puertas del templo. Su buena madre se arrojó al pié del altar y oró en el fondo de su corazón. Dios de bondad, decia, dignaos derramar vuestra gracia sobre mis dos hijos y darles la recompensa á que se han hecho acreedores por haber cumplido sus deberes filiales. Á la mañana siguiente, al irlos

á despertar su madre, los encontró echados sobre sus camas, hermosos, brillantes y cual los ángeles dormidos.... Empero no se despertaron mas.

Al pronto la madre aterrada por la muerte súbita de sus dos queridos hijos, exhaló en gritos su dolor; mas en seguida se tranquilizó diciendo: Dios de bondad, habeis oido mis súplicas. Veo ahora que una muerte dulce y santa es todo lo que los mortales pueden mejor desear. Ahora mis hijos están á vuestro lado; la tierra no era bastante rica y poderosa para recompensar dignamente su ternura filial; por eso los habeis llevado á vuestro lado, á la morada de los bienaventurados.

Para espenar á la muerte
Con santa tranquilidad,
Piensa durante la vida
En que hay una eternidad.

IV.

EL HERMANO Y HERMANA.

Santiago y Ana hallábanse solos un dia en la casa, cuando el primero dijo á su hermana:

—Ven, Anita, vamos á ver si encontramos algunas golosinas con que regalarnos.

Ana respondió:

—Si tú quieres llevarme á un sitio donde nadie pueda vernos, desde luego consiento.

—Pues bien, dijo Santiago, ven conmigo á la despensa, donde sé que hay un plato de natillas y verás con que gusto nos lo comemos.

—No, respondió Ana, porque la vecina de enfrente puede vernos por una rendija que hay en la puerta.

—Pues entonces vente conmigo á la cocina, dijo Santiago, y en un armario hay una orza de miel en la que untáremos nuestro pan y verás que cosa tan deliciosa.

—Mira que hay una ventana, replicó Ana, también enfrente y allí está sentada hilando siempre y nos va á ver desde luego.

—Pues bien, ¿sabes qué podemos hacer? Nos bajamos á la bodega y allí encontraremos excelentes manzanas y podrémos echar un tragitode vino, y como está á oscuras de seguro nadie del mundo podrá vernos.

—Hermanito, respondió Ana, ¿crees tú de veras que nadie absolutamente podrá vernos? ¿No sabes tú que hay en lo alto un ojo cuya mirada penetra á través de las paredes y vé claro en las mas profundas tinieblas?

Parado quedó Santiago con esta observación; guardó un momento de silencio y luego exclamó:

—Razón, tienes, hermanita; Dios está presente en todas partes, su mirada nos observa en donde ningún ojo humano pudiera alcanzar; guardémonos pues de cometer ningún mal.

Regocijose Ana al ver que su hermano hacia caso de sus reconvenciones, y le regaló una linda estampa donde se veia el ojo de Dios rodeado de rayos de luz, y debajo de aquella imagen se leian estas palabras:

Con su penetrante ojo
Dios nos mira y nos observa;
Así este santo recuerdo
Del pecado nos preserva.